

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 164

Sevilla—Viernes 19 de Julio de 1901

AÑO XXV

Gobierno provisional

Así lo ha calificado el Sr. Canalejas en su discurso de contestación al Mensaje de la Regencia.

Cortes constituyentes ha llamado a las que funcionan actualmente.

Son muy graves los problemas pendientes de resolución, y reclaman con apremios la pronta realización de los mismos.

En la colección de nuestro periódico existen varios trabajos en los que reclamamos la reforma constitucional, desde hace dos años, con gran insistencia.

En varios artículos y cartas dirigidas a los directores del partido republicano les hemos instado con gran insistencia para que nos manifestasen su opinión y expusieran su pensamiento acerca de esos cuatro problemas de que se ha ocupado el Sr. Canalejas en el Congreso, y expuesto su criterio claramente en lo que se refiere al problema radical, y declarando que al Código civil deben llevarse las instituciones de derecho encargadas de resolver y dirimir el pleito entre el patrono y el obrero, entre el capital y el trabajo.

Bien está que un demócrata convencido como el Sr. Canalejas nos dé a conocer su pensamiento en tan importantísimas materias, y mucho mejor aún que demande la urgencia para resolverlas antes que el adolescente Alfonso XIII tome las riendas del poder.

Pero lo que nos parece de perlas es que el exministro de la regencia, con la autoridad que tiene en la Cámara y con la positiva influencia en la mayoría parlamentaria, haya afirmado que el Gobierno es un gobierno provisional, y que las Cortes actuales deben convertirse en Cortes constituyentes.

Los que hemos afirmado repetidas veces que esto es interino, provisional, con el gran esfuerzo del Sr. Canalejas ya podemos asegurar que la reforma de la Constitución se abre camino, para no caer en la dictadura militar o en manos del extranjero, como afirma el propio señor Canalejas.

Maura reclamando la revolución desde arriba, para evitar que se haga en la calle. Canalejas declarando abierto el período constituyente, y constituirnos muy de prisa, si no queremos caer en el dominio del sable o bajo el imperio del extranjero.

Maura es neo. Canalejas es demócrata; pero los dos son monárquicos, y los dos convienen en que el régimen ha fracasado y que sus vicios, sus errores y sus deficiencias nos conducen derechos al abismo, si rápidamente no se aplica el remedio por los medios extraordinarios de la revolución o por la manifestación de la soberanía nacional, libremente manifestada.

Ya lo sabe el país: no somos nosotros los reprobos, los republicanos de siempre, los enemigos declarados del actual régimen y del sistema monárquico, los que maldicimos de él y le declaramos responsable de nuestro atraso y de la próxima disgregación de España; son ellos, los mismos monárquicos de la derecha y de la izquierda, los que han gobernado, los que hoy maldicen de lo actual y declaran interino al régimen, pero de una interinidad peligrosa, que, de prolongarse unos cuantos meses, puede costarnos hasta la existencia nacional.

¡Cómo vivirá nuestro Gobierno ante las potencias europeas y ante las amenazas del papado y de los clericales y vaticanistas, cuando desde las alturas se nos pinta una situación tan negra y tan llena de peligros!

Gobierno provisional. Cortes constituyentes.

Esto es lo que proclama Canalejas en solemne debate ante la llamada Representación nacional. Los republicanos debieron pedir mayores explicaciones al elocuente orador demócrata para puntualizar bien el alcance de sus palabras por lo que se refiere al ejercicio de la soberanía.

Pero han preferido permanecer cruzados de brazos, salvo algún aplauso al orador.

Ya lo sabe el país. Estamos abocados a un cataclismo. La monarquía es impotente para conjurar el conflicto.

Pero hay que remediarlo como patriotas, como demócratas, como españoles y como republicanos, demandando energías y acción de nuestros directores, o rompiendo de una vez y violentamente con esta disciplina enervante que nos tiene sujetos a la impotencia y al ridículo.

Emancipémonos para emancipar a España, que hay indisciplinas que enaltecen; concluyamos con esta ridícula interinidad, y sobre ella fundemos un fuerte poder nacional, español y democrático.

A. A.

Murmuraciones

Los sucesos de Zaragoza han venido a reavivar la opinión, casi dormida con la discusión del Mensaje.

Todas las noticias que llegan de la capital de Aragón confirman que la batalla campal celebrada en honor del Jubileo papal fue provocada por los llamados clericales, quienes llevaban, en vez de cirios, armas cortantes, punzantes y disparantes.

A pesar de ir prevenidos y dispuestos al sacrificio, para dar su vida en honor de la causa, no insistieron al ver que los impíos se les echaban encima, piedra en mano. Antes bien, prudentes y avisados, y con una heroicidad merecedora de la cadena de presidio, tomaron por asalto los templos y desde ellos comenzaron a disparar sobre la multitud.

Esta, que se conoce que lo fuma en pipa, no se amilanó, sino que respondía a las provocaciones a pecho descubierto.

Confirman todas estas versiones las personas imparciales de la localidad, de las cuales una de ellas habla en la siguiente forma:

«Es unánime la opinión de que los sucesos de hoy han sido originados por la tenacidad de los clericales.

Estos iban perfectamente preparados. Clérigos y seglares llevaban revólvers y pistolas con su correspondiente repuesto de municiones y sendos garrotes.

Abría la marcha un compacto grupo de carlistas, que fueron los primeros en agredir y los que más se defendieron y auxiliaron a los demás del Jubileo.

Se ha visto a muchos curas, y entre ellos no pocos canónigos, disparar sobre los grupos.»

Curas y canónigos... esto es, el elemento llamado clero secular, el que el Sr. D. Melquiades Alvarez (republicano) y otros como D. Melquiades, quieren que subsista para que no falte el freno, el freno religioso, que tantos bienes proporcionaba.

Porque... ¿quieren ustedes decirme qué sería de la sociedad si no hubiera religión, que es la que nos proporciona las buenas cosechas?

Los curas son los que aran las tierras, los que hacen crecer la yerba, los que recogen el trigo, los que lo muelen y luego con él nos labran el pan.

Gracias a la religión podemos andar por el mundo tranquilos y satisfechos, alabando al Creador universal que nos proporciona a fin de mes la cantidad necesaria para pagar al casero.

Es el verano actual un verano sorprendente... ¡Señores, está la gente desesperada, infernal!

Los amantes despechados dirimen a coscorrones todas las malas pasiones de sus cuerpos endiablados.

Y no pasa una semana sin que se oiga decir: —Hoy acaba de morir la mujer que ayer mañana su amante la apuñaló con rabia insana y coraje para vengar el ultraje de que ella lo abandonó. —

«España es un cementerio; basta de crímenes, basta... ¡Pero en qué piensa Sagasta y todo su ministerio!...»

El Diablo predicador, ó D. Antonio Maura el gran farsante:

«No se comprende que el Sr. Maura que condena a la burguesía, «ferozmente egoísta»; a los parlamentos enjendrados en saturnales electorales; a la dictadura militar; «vergüenza y deshonra de la Patria»; a la institución monárquica sujeta «a providenciales é inevitables deficiencias»; y a los gobiernos de quienes no sabe el pueblo más que por los balazos de la Guardia civil y los apremios del recaudador de contribuciones; no se comprende, repetimos, que quien todo eso condena empuñe el apagado cirio en las procesiones del jubileo, en vez de empuñar la piqueta revolucionaria que aún maneja el viejo Pi y Margall con su cansada mano.

Triste es ver arrestos vigorosos y juveniles en cuerpos caducos, coronados por la nieve de los años; pero más aína la vejez intelectual, la chochez de sentimientos, la senectud de la voluntad, los seniles egoísmos de hombres vigorosos y jóvenes como Maura y Alvarez.»

Pues estos últimos son el vivo retrato de la España presente.

Los hombres antiguos eran hombres de creencias.

Los hombres modernos son hombres de conveniencias.

Y en eso se diferenciará el siglo veinte del siglo diecinueve.

Y vamos caminando... hacia atrás.

Un diputado, ó senador, por Zaragoza, ha dicho, refiriéndose a los sucesos acaecidos en aquella ciudad:

«El gobernador prestó un señalado servicio a los católicos, evitando que llegara la procesión a la iglesia de San Pablo, pues entonces se hubieran recogido numerosos cadáveres.»

Me alegro y lo siento.

Me alegro... porque soy enemigo de esas luchas sangrientas.

Y lo siento... porque hasta que no se haga una de pópulo bárbaro vamos a estar con el alma en un hilo.

Reflexiones sanas, cuya incógnita está al alcance de cualquiera.

Dice *El País*:

«Se está dando un fenómeno bastante extraño en lo tocante al clericalismo y su absoluta preponderancia.

¿De dónde proviene este poder? ¿De arraigo en las masas? Las masas obreras odian al Papa, al Vaticano, al clero y a los frailes. ¿De la clase media ilustrada? Es atea y escéptica en su gran mayoría. ¿Del Ejército? El Ejército detesta al carlisto, desprecia a los curas y ni siquiera piensa en religión. La banca es ante todo banca; si en ella hay algún neo, es por excepción. La magistratura será todo lo conservadora que se quiera, estará ó no estará sometida al poder; nea en manera alguna lo es. ¿Los funcionarios públicos? Muchos neos han logrado colarse en los centros oficiales; entrad, sin embargo, en cualquiera de ellos; no tropezarán más que con indiferentes en religión ó con enemigos más ó menos declarados de los curas.»

¿A qué viene entonces tanta hipocresía?

Por temor a Dios no será, porque ya hemos convenido en que a Dios no se le teme desde el momento que en las iglesias se vende el perdón de todos los crímenes a precios económicos y con arreglo a todas las fortunas.

¿Qué otro temor es el que acobarda a la sociedad?

El de las conveniencias.

Que se traduce, según los intérpretes, en conservar la olla de los garbanzos.

En cuatro días han cortado en Cuenca 76,495 pinos.

Ligeros de corte son los cortadores.

Porque en cuatro días no hay lugar siquiera para contarlos.

Pero, en fin, con tal de que esos pinos sirvan para dar garrotazos como en Zaragoza, bien cortados están.

Aviso a los obreros que se arman a la iglesia:

«Roma: 13 (8,33 n.)—La Asociación de obreros católicos, fundada bajo los auspicios del Vaticano, con objeto de combatir el movimiento socialista y proporcionar obreros a los patronos de toda Italia, cuando los obreros socialistas se declaren en huelga, cuenta ya con 2,000 adheridos en Roma, 400 en Génova, 400 en Florencia y 1,000 en Milán.»

Y lo mismo que se hace en Roma se trata de hacer en Sevilla por la Liga Católica, creando las asociaciones de obreros!...

—¡Respetemos la religión!...

Bueno; sigan ustedes respetándola, que ya os darán con la badila en los nudillos.

CARRASQUILLA.

Siervos de Roma

Se estremecen de indignación los buenos patriotas cuando piensan que hay un pedazo de suelo español que no es de España, sino de Inglaterra; tiemblan de rabia los bravos al enterarse de que a la pérdida Albión, pareciéndole estrecho el recinto de Gibraltar, intenta extenderse a costa nuestra, apoderándose de una parte de Andalucía; hay quien no ha vuelto aún en sí después de la pérdida de las Antillas, que podían llamarse *Archipiélago de los ladrones*, y Filipinas, que se titulaban *las Islas de los Frailes*; el patriotismo se subleva ante el menor asomo de conquista y de dominación extranjeras; deseamos ser libres é independientes, queremos ser españoles, y, sin embargo, hace más de tres siglos que España no existe, que nuestra nacionalidad resulta una farsa, pues este rincón de Europa en que vivimos no es más que una provincia de Roma.

Para que una nación exista, la principal condición de su vida es ser dueña de sus destinos, gozar de libertad completa, pensar por sí misma; y dónde encontrar esto en un país cuyos reyes ostentan como principal mérito el título de *católicos*, que en todos sus conflictos acude al Papa y no se atreve a iniciar una reforma ni a copiar lo más insignificante del progreso ajeno, sin consultar antes a Roma?...

Las trazas más visibles de nuestra servidumbre no están aquí: se encuentran en la misma Roma. Se puede pasear casi toda Europa sin miedo a oír en parte alguna el nombre de España.

—¿Es usted español?—exclaman con extrañeza en el extranjero, con el mismo asombro que saludaríamos aquí a un súbdito de Liberia, de Zanzíbar ó de cualquiera otra olvidada nación del Africa. Somos bichos raros, cuyo recuerdo casi está extinguido en la memoria de la humanidad. Y se comprende que así sea: ¿qué gran invento ha salido de aquí para refrescar el recuerdo de los pueblos? ¿En que contribuimos al pensamiento universal para que no se nos olvide? La nación española vive como una vieja bruja al calor de su hogar, viendo cómo hierve el puchete; y las únicas manifestaciones de nuestra vida que pasan las fronteras, son los rebaños de emigrantes que, desfallecidos por el hambre, marchan a las repúblicas americanas y al Africa francesa, ó los *artistas* de ambos sexos y traje corto que, entre *jipijos* y llamamientos a la *mare*, van a menear los traseros hemisferios en los cafés cantantes de París.

En medio de esta indiferencia universal de que vive rodeada España, es Roma una excepción. Únicamente allí nos estiman y nos recuerdan.

—¿Es usted español?—pregunta con bondadosa sorpresa el tuno que habita en la ciudad Leonina a la sombra del Vaticano, alimentándose con la venta de reliquias y bendiciones papales. Y en su sonrisa se lee la inmensa simpatía a un pueblo que, fiel a las tradiciones, envía todos los años una manada de ocho ó diez mil peregrinos que ayudan a vivir con sus ahorros a los vagos de la Ciudad Eterna.

—*Siete spagnuolò...* ¡Oh, figlio mio!—exclama el servidor con sotana del Vaticano, con un entusiasmo tan espontáneo que le falta poco para acariciar con amorosas palmadas el reverso del que llega. Y en su mirada se lee el cariño al pueblo fiel que no ha desertado, que sigue unido a Roma, con una sumisión agendada por los siglos; pues si en otros tiempos penetraba en ella por la brecha con el condestable de Borbón para violar monjas y saquear templos, hoy entra de rodillas bara dar dinero y acoger como orden indiscutible la más insignificante palabra.

Somos la posadera finca del papado; la última vaca de aquel inmenso rebaño que el santo pastor podía ordeñar a su gusto en pasados siglos, y así se nos cuida y se nos quiere. Italia las echa de católica, pero tiene el Papa a la sombra; Francia respeta el catolicismo porque le conviene, pero sus gobiernos de librepensadores y ateos saben enseñar los dientes al Vaticano apenas intenta éste un avance; Austria respeta mucha al Pontífice, pero no le permite la menor intrusión en sus asuntos; hasta el pequeño Portugal se mete, cuando mejor le parece, con las órdenes religiosas sin importarle que diran en Roma: únicamente España, sumisa y humilde, no se atreve a cambiar de camisa sin consultarlo antes al Santo Padre.

Así como las Filipinas en apariencia eran nuestras, y en realidad de los frailes, España parece de los españoles, y es en verdad de Roma. Si aquí nace un rey, su padrino es el Papa;

de todos los embajadores el más temido y oído resulta siempre el Nuncio; si una nación rapaz nos quita algo, buscamos como mediador, no a un pueblo poderoso, sino al Sumo Pontífice, que, como vive de gorra, da siempre la razón al más fuerte ó al más rico; basta una indicación de allá para que caigan aquí los gobiernos: todos los políticos gobernantes marchan en competencia á adular la tiara, sabiendo que bajo ella se oculta el verdadero soberano de España; no se sabe ya quién es el más vaticanista, si el jesuita Silvela ó el francmasón Sagasta; y del mismo modo, como en las casas todos los objetos sucios, rotos y fuera de uso, van á la trastera, el Vaticano amontona en nuestro país, que es el desván de Europa, todas las órdenes religiosas, todas las asociaciones creadas por la hipocresía y la ambición diabólica, que son barridas del resto del mundo por el espíritu revolucionario. Cuando al pasar por las hermosas galerías del Vaticano, repletas de prodigios artísticos, se tropieza con los cardenales del Sacro Colegio, la vista de estos hombres—que causan allí el mismo efecto que los roedores en las avenidas de un risueño jardín—provoca en el pensamiento de todo buen español un hervor de cólera.

Son italianos—no, digo mal—son romanos; no conocen nuestro país sino de oídas; ningún lazo de comunidad, de afectos é intereses, les liga con esta tierra; y sin embargo, son nuestros amos, y esta España; que ha hecho siempre mérito de una independencia salvaje, es una ergástula que gobiernan á su antojo. Resultan individualmente en su inmensa mayoría gente despreciable, que conquistó su alta posición por el oro, por la baja ó tal vez á costa del honor de su familia; viven en eterna intriga, acechándose, buscando exterminarse para tener menos competidores cuando quede vacía la silla de San Pedro; su existencia, sorda, trágica y ridícula á un tiempo, es la que Zola describe en su *Roma*; son enormes comadres vestidas de seda roja, iracundas, vengativas, de insaciable rapacidad; hacen dinero del cielo y de la tierra; las llagas de Cristo les sirven de troquel para acuñar moneda; en vez del «mi reino no es de este mundo», sólo creen en la otra frase, «en Roma todo se vende»; y estas gentes miserables y mezquinas, de las que el mundo civilizado apenas si se acuerda y que vegetan casi olvidadas en un hermoso rincón, basta que digan una sola palabra para que España se extremezca. Una orden suya produce inmediatamente inmenso eco en los miles de edificios nuevos que cubren el suelo de la península, cuarteles de la intolerancia y de la dominación clerical, hormigueros misteriosos que sueltan sus filas de hombres negros extendiéndose como lúgubres rosarios por toda España, y á su contacto hacen arder la brutalidad hereditaria, el servilismo histórico de este pueblo infeliz, que si es culto é ilustrado en algunos puntos del litoral, yace en las mesetas centrales en la misma primitiva bestialidad de la vida ceitibera.

¡Son los amos!... Tienen acampado en España un ejército de ocupación, no más patria que Roma, ni otra bandera que su sotana; gente dura y sin corazón, capaz de incendiar la casa en que nació y de matar á sus padres, para que allá en la Ciudad Eterna sigan los hombres rojos (en torno de un anciano blanco agonizante) enriqueciendo á su infinita pléyade de sobrinos y acariciando las rubias cabezas de sus pajes.

La mitad de su dominación estriba en el poder que Roma tiene sobre la ignorancia de nuestro pueblo, y la otra mitad en nuestro propio miedo.

—Es un absurdo—exclaman muchos—gastar siete millones en enseñanza y dar cincuenta á la Iglesia.—Pero apenas se les propone meter mano al alto clero, tiemblan y retroceden por miedo á Roma, que puede armar otra guerra civil.

—Hay que exigir el cumplimiento estricto del Concordato—se dice desde la oposición.—Pero como se sabe que el Papa no quiere cumplirlo, nadie se atreve á poner el cascabel al gato.

—Nos abruma las órdenes religiosas. Respetemos al cura; pero ¡fuera el fraite y el jesuita!—Esto se dice en los pasillos del Congreso; pero no hay ningún monárquico que lo repita en los escaños por miedo al sucesor de Cristo, que tiene por mejores á los que usan capucha ó cinturón que á los que llevan sotana suelta.

—Hemos caído por fanáticos é ignorantes. Los tres siglos de servidumbre romana que llevamos en el cuerpo nos han empujado á la ruina.

Esto me lo decía en el Congreso, á raíz del desastre, un personaje monárquico que algún día será jefe de gobierno si dura lo existente.

—¿Por qué no dice usted eso al país?...

—Tengo miedo á Roma: sería empujar la Iglesia hacia los carlistas.

Y así vivimos. A todos nos tiene cogidos Roma: á unos por el fanatismo y la ignorancia, á otros por el miedo.

Las mayorías parlamentarias son escépticas: aman la Iglesia tanto como yo; pero aplauden á los ministros cuando éstos entonan un himno en loor del verdadero amo que está en Roma.

Si pretendemos hacer economías, retrocedemos por miedo al romano; si se siente la necesidad de reformas liberales, se consulta antes con el Papa, que las retoca y desfigura: no podemos seguir á los demás pueblos, por la cadena de Roma que llevamos en el pie; seguimos en la ignorancia, porque el Vaticano piensa como los antiguos señores, que no querían esclavos instruidos; somos siervos dentro de nuestra casa: el Nuncio es algo así como el gobernador general que tendría en Madrid el gobierno de Inglaterra si llegase á conquistarnos, y cada obispo un comandante de armas que, obedeciendo á su verdadero señor, que reside fuera, cumple ó desprecia las leyes que fabrican los insignificantes gobiernos indígenas.

¡Y esta servidumbre á cambio de un cielo que aún está por ver, y en el que se entra por dinero, como en los teatros, y de una protección divina que recientemente se manifestó dando la victoria á los enemigos, sin duda porque son más ricos!

En esta situación abunda lo patriótico, lo español: la verdadera independencia es emanciparnos de Roma, dejar de ser siervos de los cardenales; en una palabra, descatalogar el país.

BLASCO IBÁÑEZ.

De actualidad

Un telegrama de Zaragoza calcula que en la refriega de ayer cruzáronse más de 200 tiros.

Anoche los grupos apedrearon la residencia de los jesuitas y asaltaron los jardines frontoneros.

También intentaron arrancar la verja de entrada del edificio.

Ante la imposibilidad de hacerlo, ocupáronse en cantar la Marsellesa, dar vivas á la libertad y mueras á los jesuitas.

Disolviéronla benemérita.

Zaragoza: anoche desde el colegio de los jesuitas las turbas intentaron penetrar en el teatro para impedir la representación.

Cerráronse las puertas.

El público que asistía á la representación silbó á un cómico porque lo creyó cura.

Dicen de Zaragoza que se reprodujeron los desórdenes.

Varios grupos apedrearon el templo del Pilar, obligando á cerrar las puertas precipitadamente.

La mayoría de las iglesias están cerradas. También apedrearon el Palacio Arzobispal y el Seminario rompiendo los cristales.

Las iglesias y conventos están custodiados por la benemérita.

Los sacerdotes se ven imposibilitados de salir á las calles en traje talar.

La benemérita protege la salida de los fieles que quedaron encerrados en el Pilar.

En el Congreso se ocuparon de los sucesos de Zaragoza.

Poveda apoya una proposición incidental, censurando la conducta del gobernador en los sucesos de Zaragoza afirmando que los radicales fueron causa de las colisiones.

Villanueva defiende al gobernador y leyó la prensa local, entendiendo que demuestra que las agresiones partieron de los carlistas.

Poveda, Lema y Liorens, apostrofan á los anticlericales en medio de ruidosas protestas de los republicanos y la mayoría.

Isabal defiende al gobernador.

También hubo debate sobre el mismo asunto en el Senado.

El Obispo de Zaragoza censura los sucesos.

Defiende los Jubileos, ordenados por el Papa.

Pregunta si el Gobierno se hace solidario de los escándalos.

Teverga habla de la diferencia de los jubileos y las procesiones y asegura que la provocación partió de los concurrentes al acto.

Promete para lo sucesivo suprimir los escándalos.

Rectifican.

Contestando á muchos senadores, Teverga aprueba la conducta del gobernador en medio de las protestas de la Cámara.

Pelayo, testigo presencial, quita importancia á los sucesos.

La agresión motivóla la presencia de Cervero.

El Marqués de Pidal declara que ha oído con sentimiento las explicaciones del Gobierno.

Continuó en el Congreso la discusión del Mensaje.

Romero censura el régimen de oligarquía

de Silvela, que dejó el poder por miedo al problema religioso.

Conforme con Alvarez, pide que se prohiban las Congregaciones no concordadas.

Censura las declaraciones de Villanueva sobre los sucesos de Zaragoza, y también censura á Sagasta y Silvela que no intervinieron en la educación del rey.

Rectifica Canalejas.

Sagasta defiende la oportunidad de la subida al poder de los liberales.

Promete la reducción de los gastos sin desatender las defensas, y ofrece leyes obreras.

En la cuestión religiosa está dentro del Concordato: respeta las concordadas y las restantes se colocarán dentro de la ley de asociaciones.

Es partidario de una ley especial de acuerdo con las regalías de la Corona.

Combate duramente el regionalismo, distinto de la descentralización, y califica de horrendo crimen.

Promete una amplia ley municipal y provincial.

Aprobóse un Mensaje por 162 votos contra 68, y designóse una comisión para entregarlo, levantándose la sesión.

La comisión de presupuestos aprobó los créditos correspondientes al interregno parlamentario.

Mañana comenzarán á discutirse en el Congreso los proyectos de Urzaiz.

La subcomisión de presupuestos aprobó un suplemento de crédito para recomposición del cable de Canarias á Cádiz.

Los grupos apedrearon en Zaragoza al coronel retirado Tablares, hermano del canónigo del mismo apellido.

Sacó un revolver para intimar á los agresores; éstos persistían, y tuvo que refugiarse en una tienda de sedas, la cual fué apedreada.

La benemérita de caballería dispersó á los revoltosos.

Los catalanistas han anunciado un debate para mañana.

En Viena *La Correspondencia Política* publica una nota enviada á Madrid diciendo que los hombres de Estado españoles abrigan el proyecto de trabajar á favor de la neutralización de España á la manera como está neutralizada Bélgica, con la garantía y salvaguardia de las grandes potencias.

Ha habido dos casos de cólera en la legación francesa en Pekín.

Tomáronse severas medidas higiénicas que han impedido el desarrollo de la enfermedad.

Un decreto del Sultán de Turquía ha prohibido á los musulmanes emplear ayas ingresas en la educación de sus hijos.

Amenazan con huelga las cigarreras de Turín, Florencia y Roma, y dejaron el trabajo las napolitanas.

Dicen de Viena que en Nerbisow (Bohemia) una turba de antisemitas atacó el barrio judío é incendió 135 casas.

A París telegrafían que el vapor *Lucia*, que se dirigía á China, naufragó pesca del estrecho de Bonifacio, salvándose la tripulación y el pasaje.

Telegrafían de Londres que ha terminado la movilización de la escuadra, dividiéndose en dos.

Una dirigióse á Plymouth y la otra á Torcuay.

Las maniobras comenzarán enseguida.

Comunican de San Petersburgo que el ilustre León Tolstoy agravóse en su enfermedad, perdiéndose esperanzas de salvarle.

De Londres comunican que se botó al agua el nuevo acorazado de 14,000 toneladas, *Cornuailles*.

De Nueva York dicen que continúan los lynchamientos.

Entre los últimamente lynchados en Misisipi figuran dos italianos.

Entáblase reclamación.

El día 14 hubo encuentro entre boers é ingleses en Alwalnorth; los ingleses 7 muertos y 20 heridos.

LA PRUEBA

I

Los esposos Bondel solían reñir por causas fútiles y luego se reconciliaban con la mayor facilidad del mundo.

Antiguo comerciante, retirado de los negocios después de haber adquirido una regular fortuna, había alquilado Bondel una casita en Saint Germain, en la que vivía con su mujer.

Una mañana del mes de Junio, durante el almuerzo, preguntó Bondel á su esposa:

—¿Conoces á esos señores que viven en ese pabellón situado al extremo de esta calle?

—Sí y no—contestó Matilde Bondel.—Los conozco, pero no quiero tratarme con ellos.

—¿Por qué razón? Esta mañana encontré al marido en la terraza y hablé con él un rato.

—Pues debiste evitar este encuentro, porque la gente sospecha de su honradez.

—Ya sabes—repuso M. Bondel—que detesto á los calumniadores. Esos señores me son muy simpáticos.

—¿La mujer también?

—Sí, la mujer también, aunque tan sólo la haya visto de lejos.

Bondel se encogió de hombros, y Matilde, indignada al notar la actitud de su esposo, exclamó:

—¡Pues bien, esa mujer engaña á su marido!

—No veo en qué pueda afectar eso á la honradez de un hombre.

—¿No lo ves? ¡Pues peor para ti!

—¿Acaso se deshonra un hombre porque le hagan una traición ó porque le roben?

—¡Eso es un escándalo público!

—Pero ¿quién afirma semejante cosa?

—¡Todo el mundo! ¡Eso se conoce á la legua!

—Sin embargo, ese hombre adora á su mujer. Y no me harás creer que sea tan imbécil que no sepa lo que pasa en su casa.

—Todos sois lo mismo, y no descubris la verdad hasta que la tenéis delante.

En el calor de la discusión, Mr. Bondel tuvo la debilidad de decir:

—Te juro que si me hubieses engañado alguna vez, te lo habría conocido enseguida.

—¿Quién, tú? ¿No sabes que en esa materia eres tan estúpido como los demás?

—Te juro que lo hubiera descubierto.

Matilde lanzó una carcajada tan impertinente, que Bondel sintió latir su corazón con extraordinaria violencia.

—¡Eso es ya demasiado!—exclamó madame Bondel, mientras se retiraba á toda prisa de la habitación.

II

El marido se quedó sólo en el comedor. Aquella risa insolente y provocativa le había producido una alarma singular.

Triste y pensativo, buscaba Bondel en el recuerdo de sus antiguas relaciones, si en tiempos pasados Matilde había mostrado predilección por alguno de sus amigos. Y con efecto, se acordó de un Ricardo Tanner, el cual durante un año, había comido en su casa diez ó doce veces al mes.

Recordó también que Matilde riñó al fin con Ricardo, sin saber por qué, y al intentar él mismo arreglar la cuestión, le dijo su esposa:

—Cuando veas á ese hombre, dile que no quiero ni tener noticias suyas.

Pero ¿por qué se había incomodado con Ricardo? ¿Por qué le odiaba de un modo tan cruel?

Comprendía Bondel que se envilecía con tales sospechas. Sin embargo, se preguntó con terror, si la idea que había penetrado en su alma era el germen de un tormento infinito.

De pronto concibió un atrevido proyecto, que resolvió poner planta inmediatamente.

Bondel resolvió tomar el tren de París y dirigirse á casa de Ricardo para llevarlo aquella misma tarde á su casa, asegurándole que Matilde no le guardaba ya rencor de ninguna especie.

Al verlos de pronto frente á frente, sin aviso previo á la esposa, sabría reconocer en sus rostros la emoción de la verdad.

III

Bondel se encaminó á la estación, tomó su billete, subió al coche, y cuando el tren estuvo en marcha, se asustó al pensar en la inmediata realización de su proyecto.

Al llegar á París se dirigió á casa de su amigo, el cual, al verle, exclamó sorprendido:

—¿Tú aquí, Bondel?

—Sí, he venido á hacer varias compras, y he querido subir á estrecharte la mano.

—¡Cuanto me alegro! Y tu mujer, ¿cómo sigue?

—Bien. Y á propósito de Matilde, has de saber que ya no está enojada contigo, pues esta mañana me ha hablado de ti en términos amables.

Ricardo se quedó estupefacto y no supo, de pronto, qué contestar; pero á los pocos instantes dijo:

—¿Te ha hablado de mí... en términos amables?

—Sí, hombre, sí.

—¿Estás seguro de ello?

—¿Crees que estoy soñando? Para demostrar